

## LOS PASITOS QUE YO DOY SON PASOS BONZO

**O andafiesto para llevar en el calcetín.**

Santiago Barber  
Otoño 2005

Peatón Bonzo es una ruptura sin concesiones, ya que ¿acaso hay que conceder algo más de lo que ya cotidianamente nos es usurpado y después mercantilizado?

Imaginemos nuestro deambular callejero, con acompañamiento del sol, la lluvia o las nubes, grandes compañeros bonzo, ¿no es hermosa nuestra decisión?, ¿no es nuestra libertad la que anda y elije ser andada? A pie de calle, a bien seguro que habrás descubierto grandes amores, escuchado relatos, no te sorprendas si cualquier esquina te suelta de repente un martillazo, aunque ya no veas la marca measte aquí ¿no lo recuerdas?. El bordillo de la acera nunca tuvo distancias tan cambiantes, y a veces hasta están pintados de amarillo, lo peor es cuando esa máquina de hierro se coloca encima y entonces hay que agacharse mucho y a veces hasta tumbarse como uno buenamente pueda para poder llegar a ver algo. Ah eso sí, que gran placer ese ir descubriendo, husmeando la medida de lo urbano normalizado siempre en relación directa con la medida de nuestro zapato. Los bordillos, en realidad, mandan mucho y es por eso que algunos alcanzan dos o tres metros y otros no llegan a los cinco centímetros, su poder de conformación del espacio nos lleva, en algunas ocasiones a andarnos, vaya cosa eso de andarnos a nosotros mismos, "pegaitos a la paré" o ejercitando un revival imposible del caminante egipcio, cuerpo de frente y cabeza y piernas de lado. Por suerte si habitamos lo que se llama "la jungla del asfalto" nosotros elegiremos entonces ser camaleones y al doblar la esquina nos habremos convertido en un maravillado bonzo que se ha detenido, ensimismado, en observar atentamente la línea que separa lo blanco de lo negro en el paso de cebra, no me importunes con tus malos sonares, ¿acaso no ves que estoy midiendo lo que se ha hecho para separarnos?

Nuestros zapatos en llamas no conocen el freno, eso fué un invento posterior, es por eso que la marca en la frente que a algunos identifica es debido a extraños encuentros con palos de hierro, con esas pizarras llenas de órdenes y mandatos, dibujitos y colores vistosos con las que uno se va topetando y que requieren un ejercicio de comprensión tal que a veces dura horas. Recuerda si no la entrañable imagen de las dos bonzo-puretas, con sus sillitas traídas de casa, sentadas frente a esa señal discutiendo de su pertinencia, significado y hasta de su tradición teológica. Sin embargo se dice de otros peatones cuya mirada si que se detiene en esas interpelaciones, de tal forma que andan permanentemente enfrascados en cómo reorientar la imagen siempre ajena y ficticia que las señales representan. Nos pintan

siempre igual y encima haciendo lo que se supone que hay que hacer ¡será posible!, ¡esto es bochornoso! claman mientras graffitean, pegan y subvierten alegremente a ese aparentemente inofensivo hierro, a veces hasta le colocan un chicle descolorido por nariz.

Vista alrededor, vaya, pues será que sí, que llegó la hora de domesticar con nuestro exceso la “catástrofe natural” del orden urbano, todas las suelas gastadas y hoy es, por fin, el día en que junto a otros seres, que claman y afirman su presencia en este mundo en estas calles, vamos a provocar un encuentro fortuito, un gran hermanamiento peatonal, una cagada colectiva en el fango asfáltico del cochepapote. Todo ello sin demandas, no se luchará por poder, nadie representará a nadie, todos se conocen a todos, pisan suelo.